

LA VIEJECITA DE LA FAMILIA

¿No habéis sentido nunca, hallándoos solos, en esa hora en que la penumbra del anochecer nos rodea y nos penetra, cubriendo las vastas estancias con una tenue e impalpable gasa, la sensación extraña de que alguien os acompañaba o espiaba, oculto en un rincón?

Confieso que no soy valiente, es más, para ser completamente sincero, debo decir que soy un cobarde y que no me avergüenzo de serlo.

Aquella extraña sensación a que me he referido, la he experimentado repetidas veces en mi vida durante el sueño y la vigilia, volviendo a la realidad con la frente bañada en frío sudor de miedo, o quedando sobrecogido de espanto y sin osar levantarme de mi asiento para comprobar si, en efecto, alguien se ocultaba tras las puertas o cortinas... miedo y nada más que miedo insuperable.

Otra declaración me resta aun que hacer. Existe en mi familia la tradición, que según mis noticias se remonta hasta mi abuelo, de que, tanto éste como mi padre, mis tíos y mis hermanos han conocido en sueños un genio familiar, por así llamarlo, cuya descripción conocí en mi infancia por haberla oído a mi padre. Trátase de una viejecilla, pequeñita, casi enana, jorobada y andrajosa, de rostro negruzco y arrugado como una nuez, y cuyo rasgo más característico eran los ojos, o mejor dicho, las cuencas vacías de los ojos, rellenas con trazos de trapos blancos. ¡No podéis imaginaros rostro más horrible!

Tenía ya doce años y aún no conocía a la que todos llamábamos *la viejecita de la familia*. Deseaba y temía conocerla. Por las noches, al acostarme, pensaba:— ¿será esta noche? Y no era. Y así muchas y muchas noches más.

Pasaron los años, y cuando menos lo esperaba, recibí su visita.

Había cumplido los dieciocho años y estudiaba en Madrid la carrera de Filosofía y Letras. Una noche, mientras presenciaba desde la butaca de un teatro la representación de una comedia, sentí un gran malestar físico... Poco después, despertaba sentado en un banco del bar situado junto al teatro. Mi hermano se hallaba junto a mí y procuraba hacerme beber un poco de agua de un vaso que sostenía con mano temblorosa. Cuando me hube repuesto, salimos a la calle y marchamos lentamente hacia la de la Luna, en la que se hallaba la casa de huéspedes en que vivíamos. Poco hablamos mi hermano y yo. Mejor dicho, yo no me atreví a hablarle, aunque tenía mucho que decirle. ¡Por fin la había visto! Una gran timidez me impidió revelarles lo que para nosotros era un acontecimiento.

Mientras caminábamos por las calles, desiertas a aquella hora, me parecía verla andar delante de mí, volviéndose a cada instante para *mirarme* con aquellos trapos blancos que eran sus ojos. Cada vez que esto ocurría, sentía penetrar hasta mis huesos el frío y la tristeza de aquella noche invernal, experimentando al propio tiempo la sensación de hallarme en una sala inmensa, gris y desnuda, cuyo techo fuera el cielo, negro como la tinta, en el que temblaban de frío las lentejuelas de oro de las estrellas.

Aquella noche no pude dormir. Constantemente estuve viéndola a los pies de mi cama, vuelto hacia mí el rostro horrible en el que se destacaban, como dos llagas monstruosas, las cuencas vacías de los ojos, rellenas con trozos de trapos blancos.

No he vuelto a verla. Hoy que hago ya el camino cuesta abajo, temo más que nunca la repetición de aquella visita. Se me antoja que sería para mí ese anuncio de la llegada de *otro ser*, cuya visita no falta nunca y a quien todos hemos de ver, tan fatalmente como nosotros, de padres a hijos, a *la viejecita de la familia*.

JUAN MILLARES CARLO.

LA POBRE TOÑA

¡Qué bonito estaba aquel día el mar! Los ardientes rayos solares hacían brotar de la superficie de las aguas mil estrellitas de la luz que brillaban aquí y acuyá, tan pronto saltando y volteando sobre el espumoso lomo de las olas como hundiéndose en el hueco que dejaban éstas al correr hacia la playa.

Aquello era hermoso, mucho más hermoso, estaba Toña seguro de ello, que aquel *Pae Dios* a quien *mae Juana* le nombraba a cada momento. Y tenía ella ganas de verle. ¿Cómo sería? Figurábaselo con unas barbas muy grandes y blancas, y unos ojos azules y cariñosos, como aquel caballero de la ciudad que la regalaba dulces; pero que si era así, como ella se lo imaginaba, el mar era mucho más hermoso. ¡Ya lo creo! Y que no lo decía ella sola, que bien se acordaba de aquella señorona que iba a bañarse por la otra playa, y todos los días al entrar en el agua exclamaba haciendo grandes aspavientos: «¡pero qué hermoso es esto!» y seguía repitiendo, «¡hermoso, hermoso!» hasta que salía del mar. Sí, que se lo fueran a hacer creer a ella; en su vida sería el *Pae Dios* más bonito que el mar. Y frotando con el puño cerrado la palma sucia y ennegrecida de su otra mano, púsose a decir a aquel *Pae Dios*, como ella le nombraba: *¡rabea, rabea!*

Con este infantil desahogo, tranquila y satisfecha por haber dejado en su verdadero puesto a su querido mar, remangóse con presteza las rotas y poco limpias enaguas, trabóselas entre los muslos, y se metió entre peñas y lajas a coger mariscos.

¡Concia, y qué fría estaba el agual! Vaya por Dios, que no había por allí ni un solo marisco... si parecía mentira... sólo a ella le sucedía aquello, no encontrar ni uno solo... Cómo se iban a reir la Pancha y la Bisoja cuando la viesan entrar con la cesta vacía. Pero, no; había de

llevar algo, aunque tuviese que ir caminando hasta el mismísimo charcón.

Encaramóse sobre un peñasco y se puso a mirar alrededor; sus pies sucios y encallecidos de andar descalzos se aferraban a la resbaladiza superficie; su vestido, lleno por todos lados de sietes que dejaban asomar la carne por donde menos debiera, arremolinábase alrededor de su cuerpecito. Y no era fea, nada de eso; a no ser por el tostado color de la cara... por lo demás era bonita, más que bonita, mona. Allí en lo alto de la peña, destacándose sobre el horizonte azul y como saliendo del verdoso mar, su figura aññada adquiría proporciones hermosísimas, delineábase mejor su perfil, un perfil bellísimo; sus ojos pardos adquirían un brillo intenso; entreabríase su boca dejando ver unos dientecillos diminutos, y sus fauces se dilataban aspirando con fruición aquella atmósfera saturada de perfumes marítimos, fuertes y acres a cualquier otro olfato, pero para ella deliciosos. Así estaba hermosa.

El agua, encerrada por aquella parte entre dos elevados riscos de negro y terroso color, era allí de un verde oscurísimo. Tan sólo había una bajada a la playa, senda peligrosísima llena de guijarros, que estaba al borde mismo del precipicio que formaba por aquella parte el risco. Por encima, éste estaba formado por pedruscos con miles de excrecencias que impedían al más pintado andar por allí. Después, en rápida caída, precipitándose los pedruscos sobre las lajas, éstas sobre las peñas volcánicas, y éstas a su vez sobre las lajas, cantos y tierra, llegaban hasta hundirse en las salobres aguas, que, furiosas por aquella invasión de sus dominios, estrellábanse a su alrededor.

Y era de ver la lucha que entre el peñasco y las olas se entablaba; éstas como si quisieran escalarlo, venían desde lejos aumentando su volumen, y la que salía humilde, arrastrándose sumisa y adúladora por la superficie del mar, tornábase orgullosa al contemplar el aumento de su fuerza, y al llegar cerca del risco, que inmóvil esperaba la acometida, levantábase iracunda de su lecho, dando al viento sus espumosas crines como indómito corcel a quien imprevisto obstáculo se opone a que siga su carrera, y poseída de locura se lanzaba sobre la mole que resistía

sin temblar la embestida. Y así siempre. Una y mil salían humildes y se tornaban atrevidas al acercarse al risco; acometían y dejábanse luego caer en su lecho, rendidas de fatiga y cansadas de la brega. Ni impacientaban al risco los insultos y escupitinas de las olas, ni éstas se desalentaban al sufrir los sendos golpes recibidos al estrellarse contra la mole.

Abajo, en la playa de arena negruzca, llena de peñas que se internaban entre las aguas, éstas tornábanse cariñosas; caían desde lo alto de los riscos muertas de cansancio, y al llegar a la playa venían amantes a descansar en los brazos de ésta. Llegaban sin ruido, bañando suavemente las piedras cubiertas de plantas acuáticas que daban a su superficie un color verdoso con tonos dorados; se deslizaban a lo largo de los estrechos y canales que formaban lajas y peñas y peñas y lajas, para al salir de ellos unirse en una ola pequeña, transparente, que más que ola no era sino una ligera ondulación que venía arrastrándose impulsada por la brisa hasta echarse en los brazos de la playa que la aguardaba.

Estática contemplaba Toña la lucha y las mil peripecias de ella; cuando la ola se alzaba imponente y amenazadora, cubierta de blanca espuma, aplaudía con todas sus fuerzas. ¡Y cómo se reía ella de los apuros del mar! El muy bobo ¿no quería arrancar de su sitio al peñón? ¡Vaya que era empeño! ¿Por qué no se estaba quietecito o se iba a incomodar a otro lado? Porque aquello era de ella, sí señor, y no podía consentir que se le incomodase en su presencia, ¡no faltaba más!... Pero ¡qué tonto estaba el risco, que no concluía de una vez con el atrevimiento de aquel importuno! Si ella fuera el risco, ya hubiera terminado con aquella impertinencia de las olas. ¡Bonita era ella para aguantar!... ¡Tenía un genio!... ¡Y qué lástima, Señor, qué lástima no poder ser un peñón de aquellos, aunque sólo fuera por un día, para recibir en la cara la brutal caricia del monstruo, para tener siempre sumergidos los pies en el agua, para estar constantemente (y ensanchaba las fauces para oler con más fuerza) aspirando aquel perfume salobre! ¡Cómo le gustaría a ella!

¡Ay, pero si ya se le habían olvidado los condenados mariscos! ¡Mal rayo los parta, recónchales! ¡Tener ahora

que buscarlos!... Y a la fuerza tenía que hacerlo, porque si no ¿qué le decía ella a *mae* Juana cuando ésta la viese entrar con la cesta vacía? Y no tan sólo eso, sino que cuando llegasen la Panchona y la Bizca, que habían ido juntas a mariscar al *Caletón Chico*, con las cestas llenas hasta los bordes, y ella con la suya casi vacía, se moriría de vergüenza. Había que ponerse a mariscar, porque las otras no eran mejor que ella ¡concia! No, que si un día empezaba a mariscar con formalidad verían cómo las *majaba*, y mucho que sí, que otra más diestra que ella no la había.

Bajó de la peña en que estaba, volvióse a colocar las enaguas entre los muslos y comenzó a mariscar. Era de ver aquel levantar de piedras, para dejarlas caer después de haberlas despojado de todos los mariscos que sobre su superficie húmeda y salitrosa se encontraban, y con qué presteza los echaba en la cesta, llevándose después ésta a la nariz para aspirar con fruición el olor a marisco que exhalaba. Tan pronto con el cuerpo inclinado penosamente, como saltando sobre las resbaladizas peñas, no descansaba en su tarea. Ya estaba sudorosa.

Mientras trabajaba, seguía su monólogo mental; ahora acababa de ocurrírsele por qué el Señor Dios no la había hecho rica; ¿por qué?... aquello sí que era una injusticia, no se debía consentir; se conoce que él no lo había pensado bien, que si lo piensa, otra cosa hubiera pasado; ¡y qué trajes tan buenos hubiera tenido! ¡Y qué sombreros y dulces y muñecas!... ¡Jesús, la mar de cosas!... ¡Vaya qué malo era aquel Dios! No haberla hecho rica, muy rica. ¡Anda, feo! Quería ella ser rica, ¡caramba! y qué guapa que iría siempre, qué trajes más preciosos tendría... Y ahora por trajes, quizá el *compá* Pepe le fuera a regalar alguno... ¡quién sabel... porque el día antes le había dicho que le daba una cosa si hacía lo que él quería; ¡ya lo creo que lo haría! aunque fuese un imposible para ella. Pero ahora se acordaba que también le había preguntado a qué parte iba a mariscar al otro día; ¿si querría llevárselo a escondidas de madre, para después darle a ésta una sorpresa? El demontre era el *compá* Pepe; siempre estaba regalándola cosas, y todas muy bonitas, preciosas, vaya que era rumboso... Y no era feo el tal, a ella le gustaba,

y más, cuando se la sentaba en los muslos y la hacía cosquillas; se ponía entonces tan coloradito, se le quedaban tan alumbrados los ojos, que, vaya, la gustaba mucho.

La otra tarde había él querido darla un beso y ella no se dejó; ¡qué boba había sido! ¡Pero qué boba! ¿Por qué no se lo había dejado dar? Si ella lo piensa bien, no se lo niega. ¡Qué poco gusto el que la hubiera dado él un beso, y ella otro a él, por supuesto, el haber sentido en la cara el cosquilleo producido por los pelos cerdosos de la barba, y haberle dado un buen abrazo. ¡Qué placer colgarse de aquel robusto cuello, aspirando aquel olor a sudor de hombre que a ella tanto le gustaba!

Nada, que había sido una tonta, nunca más lo volvería a hacer. Aunque ella no lo había pensado, había huído sin saber por qué, ¿por qué huiría? No se lo podía explicar, no, no podía, aquello era un misterio.

Siguió mariscando. La cesta pronto estaría llena. Dentro de ella se sentía el ruido peculiar del marisco vivo y amontonado; el *chas chas* de las clacas, apuradas por montarse encima de los erizos, que rabiosos por aquella invasión *clauística*, movían sus púas para encaramarse más arriba; el traqueteo de los caracoles, que queriendo correr y subir a la superficie se meneaban furiosos, soltando por todas partes el salado sudor que la cesta casi llena dejaba escapar por entre los agujeros de su tejido de caña; hasta las pacíficas y cachazudas lapas, echando ternes y denuestos, cual carreteros, asomaban sus diminutos cuernos, y agarra que te agarra, chupa que te chupa, aspirando pegarse a las paredes de la cesta para poder resistir el empuje y movimiento de los demás mariscos. Aquello era una descomunal batalla. Alguna claca miedosa, se conoce, había dado el grito de sálvese quien pueda, porque todos querían pasar unos por encima de otros sin respetar sexos ni edades. Eran todos ellos unos pedazos de egoistones. Había caracol, que después de luchar y bregar por mucho tiempo, llegaba cansado y sudoroso hasta los bordes de la cesta, y allí, cuando poco le faltaba para quedar en libertad, abandonábanle las fuerzas y caía otra vez en la masa, que entonces moviase con más bulla, semejando el ruido producido por aquel movimiento el sonido de una burlona carcajada.

Toña cansada por fin del trabajo, saltó de peña en peña, enaguas recogidas, y vino a la playa con la cesta colgada bajo el brazo. Allí tendióse cuan larga era en la arena, y apoyando la cabeza en una mano, metió la otra y parte del brazo, casi hasta el codo, en la cesta. Revolvía y hacía saltar el montón de mariscos, acercándose de cuando en cuando la cesta a la nariz; aquél era para ella el mejor de los perfumes. Y metía la cabeza en la cesta para aspirar más a gusto aquel olor.

Poco a poco, a influjo del calor y arrullada por el rumor monótono de las olas, sus párpados se fueron cerrando, se apoderó de ella una vaga somnolencia que la embargaba por completo, su mano dejó de sostener la cabeza y cayó sin fuerza sobre el vientre. Comprendía que se iba a quedar dormida, pero no hacía nada por evitarlo. ¡Era tan dulce aquello, le parecía tan bueno no moverse, no menear ni un dedo!...

Tendida así, con la cara vuelta al sol, poco tardó en quedarse dormida. Su pecho, en el que apenas se dibujaban los primeros encantos de la mujer, levantábase a impulsos de una respiración suave y tranquila. El sol enviaba sus abrazadores rayos sobre aquel cuerpecito que, aún dormido, se estremecía de placer al recibir la ardiente caricia que ponía todos sus miembros pesados y perezosos para hacer algún movimiento.

Soñaba indudablemente con algo placentero; su boca sonreía: corría por todo su cuerpo un estremecimiento voluptuoso; abríanse sus brazos intentando abrazar. Poco a poco su sueño se hizo más profundo.

...¡Qué raro era aquello! Raro, pero dulce. Así se estaría ella toda la vida. Pero ¿qué era lo que sentía encima? Era algo como un peso enorme que la ahogaba, que la comprimía. ¡Jesús, si no podía respirar! ¡Si parecía que la estaban abrazando!... ¡Y qué gusto!... ¡Si creía sentir el húmedo calorillo de otra persona; si era que materialmente estaba en brazos de alguien, y sentía en sus mejillas calor de besos y un cosquilleo en todo el cuerpo, y unas ganas de pasarse así la vida!... Se le habían quedado como paralizados todos sus miembros... Y no quería

despertar. Que la siguieran abrazando. ¡Si se sentía morir de gusto!... Su respiración se hacía más entrecortada, su pecho agitábase más de prisa, su cara había tomado un color rojo con reflejos cobrizos.

Siguió soñando. De pronto, sintió un dolor agudo que le traspasaba todo el cuerpo. Gritó y abrió los ojos. Quiso desasirse de los brazos que la sujetaban, pero fue inútil. Allí con el rostro descompuesto, los ojos inyectados en sangre, cubriéndola de caricias brutales, estaba un hombre. En su loco terror, Toña no le reconoció. No pensó sino en escapar de sus manos, en huir. Trató de levantarse, pero el otro se lo impedía. Hizo un esfuerzo supremo. Su débil cuerpo luchó con la fuerza de la desesperación, y jadeante, sudorosa, con todo el vestido rasgado, dejando ver la carne blanca y sonrosada, pues el sol no la había tostado como su cara y manos, logró por fin desasirse de los brazos que la apretaban, sujetándola. Pero el otro no cejaba, quería volver a apoderarse de ella. Toña corrió sin saber adonde iba, y el otro detrás, con las facciones descompuestas, expresando sus brutales deseos, corría también. Sin saber cómo, guiada por su instinto, encontró la senda que arriba conducía y empezó a subir; ya a la mitad del camino no pudo más, sus piernas se paralizaron, quiso correr y no pudo, quiso gritar, y la lengua se negó a moverse; el otro iba muy cerca, la cogería.

Su cara aniñada tenía tal expresión de espanto que daba compasión. Los ojos inyectados, sin girar en las órbitas, clavados en él, que cada vez estaba más cerca, de pronto adquirieron reflejos de asombro; lo había reconocido. Sus manos se tendieron implorando gracia, pero él no la hizo caso, y avanzó; sólo dos pasos los separaban. Alargó él las manos para cogerla, sus labios se entreabrieron para besarla; pero ella, loca y espantada corrió sin saber adónde, derecha al precipicio; él la seguía con los brazos extendidos, rabioso al ver tan desesperada resistencia. La alcanzó otra vez, volvió a intentar agarrarla, pero sus brazos sólo encontraron el aire.

Cuando se dio cuenta de lo que pasaba, sólo vio un cuerpo que volteaba cabeza abajo por el espacio con las enaguas hechas girones cubriéndole el busto, y el agua que formaba un remolino al caer el cuerpo en ella, y que

después, indiferente a todo, se volvía a cerrar cubriendo la tumba. Huyó...

Y sola, cara a cara con aquel Dios a quien había querido conocer, quedó Toña sintiendo sobre su cuerpo el continuo y monótono rumor de las aguas, y el furioso golpear de las olas sobre los riscos.

Sus deseos se habían realizado. Iba a estar sintiendo eternamente en su rostro la caricia voluptuosa de las ondas, y a aspirar, por siglos y siglos, el acre y salobre perfume de la inmensidad oceánica.

JOSÉ BALTASAR CHAMPSAUR MILLARES

Junio 1890.